

10

# BIOGRAFÍA DE UNA TORTUGA EN EL SIGLO XXI

Jesús Román Zafra Juárez

1-BAAA

IS. de E.D. Secundario Mediterraneo ; Ref. 246  
IES. Mediterraneo • Torrevieja

Aquí comienza mi viaje, mi nombre es Chelo, y soy una tortuga. Acabo de nacer en una playa de Florida, y como cada tortuga, me ha llevado tres días salir de esa tierra tan pesada en la que aparecí. Mis hermanas y yo, sin pensar demasiado, corremos hacia el océano, pero algo temible nos espera, gaviotas, cangrejos, todos ellos desean atraparnos sin piedad alguna. He visto a muchas de mis hermanas morir y cuando por fin llego al océano la mitad de nosotras ya estamos muertas, ahora soy una peregrina en este inmenso océano. Me cruzo con la corriente del Golfo, perfecta para poder llegar justo para la migración de primavera. He encontrado una balsa de algas, donde aunque no lo parezca hay todo un mundo lleno de fauna y en la cual también me puedo alimentar. En esta misma balsa me ha llamado ciertamente la atención un caballito de mar, el cual se camuflaba entre las algas. Para mi sorpresa me he podido reunir en este mismo lugar con una de mis hermanas, ahora puedo relajarme y dejarme llevar por la corriente que guía esta balsa. Mi tranquilidad de pronto se rompió, un tiburón azul empezó a acechar la balsa, ojos profundos, dientes como agujas y una piel que brilla por la luz de la superficie, por suerte el depredador ha decidido irse, espero que no nos volvamos a ver en un futuro no muy lejano. Este lugar se ha convertido en mi hogar, y tras los cantos de las ballenas he vuelto a caer en un profundo sueño. Cuando despierto estoy en un lugar sin viento, sin corriente, todo esto provocado por un remolino que me sacó de mi ruta mientras dormía. Me encuentro yo sola con el caballito de mar y mi hermana, pero dentro de esta tranquilidad empiezo a escuchar un ruido que se acerca por momentos. Un barco gigante embiste mi balsa, terminando así con la vida del caballito de mar, el barco dejó una densa niebla provocada por el combustible, la cual terminó ahogando a mi querida hermana, yo aún sigo sin poder asimilarlo. Estoy cansada, me encuentro sola y atrapada en este laberinto sin paredes en el que no habita ningún tipo de vida, no logro ver el fondo del océano, está muy oscuro, temo por mi supervivencia. Tras tiempo nadando en una sola dirección me encuentro con algo que brilla, parece apetitoso, cuando por fin logró asestar un mordisco a esa cosa puedo darme cuenta de que lo que yo pensaba que era alimento en verdad era un simple plástico. Mi cansancio me

sobrepasa y ya no sé si seguir o rendirme. Cuando todo parecía perdido me encuentro con un banco de carabelas portuguesas, las cuales son las medusas más mortales que existen, yacen numerosos peces muertos en sus tentáculos, ellas me intentan atrapar, pero lo que no saben es que gracias a mis antepasados soy inmune a su veneno, lo cual aprovecho para utilizarlas como comida. Por fin cumpla 5 años y mido casi medio metro, cuando al fin vuelvo a la corriente del Golfo, de la cual me separé aquel día, para la migración de primavera, ahora reanudo mi viaje al Norte. Vuelvo a ver numerosos animales, pero uno de ellos me resulta familiar. Estaba ahí presente el tiburón azul que tanto temía, pero esta vez era distinto, ella estaba embarazada. Mientras sigo mi recorrido hacia el Norte presiento que algo va mal, el tiempo empieza a empeorar seriamente, iba a ser víctima de una tormenta primaveral, y no iba a poder hacer nada para evitarlo. Olas grandes como ballenas me empujan hacia la costa y me sacan de la corriente. No puedo cojer aire, rocas afiladas me esperan en la costa dispuestas a romper mi caparazón. Muchas tortugas mueren contra las rocas, pero yo consigo mantenerme fuerte. Me han sacado de rumbo, pero no estoy perdida, una tortuga nunca se pierde, gracias a nuestros antepasados hemos llegado a desarrollar un brújula la cual nos permite recorrer todo el océano sin perdernos. Después de unos días vuelvo a la corriente del Golfo, donde llego a tiempo para el verano, a casi cuatro mil kilómetros al norte de Florida. Llega el invierno, lo que significa aguas más frías y la aparición de remolinos gélidos. Mi corazón de reptil va cada vez más lento y mis fuerzas disminuyen rápidamente. Me encuentro cansada y los cantos de las ballenas las cuales se dirigen al Ártico me sumergen en un sueño profundo. Al despertar me veo acompañada de la aurora boreal, estoy fascinada, solo debo escucharme a mí misma y seguir hacia mi objetivo. Al comenzar mi sexto año de vida ya he recorrido más de siete mil kilómetros. Al fin dejo la corriente del Golfo para dirigirse a África, en busca de mares cálidos. Quien lo diría, vuelvo a ver tiburón que tanto temía cuando yo era una simple cría, pero ahora es diferente, va acompañada de su cría y las dos nos respetamos y convivimos en paz. Me encuentro en las costas de África, soy una tortuga adolescente y ya mido sesenta centímetros. Ahora que mi pico y mi mandíbula son

bastante fuertes puedo comer algo más que medusas, así que aprovecho para vengarme y empiezo a comer cangrejos, los cuales a parte de ser los responsables de las muertes de alguna de mis hermanas están bastante sabrosos. Me encuentro con más tortugas marinas, me pregunto si alguna de ellas podría ser hermana mía. Después de llevar tiempo habitando en África me dirijo a Ecuador, acompañada además de algunos animales los cuales se dirigen a sus hogares natales. Barcos pesqueros aparecen de la nada y cantidad de redes y anzuelos se sumergen en busca de víctimas. Veo al tiburón azul el cual me ha acompañado durante mi viaje caer en una red y desaparecer. Siento como un anzuelo se clava bruscamente en mi bosca y me lleva a la superficie de manera que no me deja opción de liberarme de lo que yo predecía como una muerte segura. Un humano me coje y me observa detenidamente, cuando de repente me devuelve al mar, de no ser por ese acto de bondad yo estaría muerta, pero de todas formas sigo asustada, decenas de miles de tortugas mueren cada año por culpa de los sedales. En cambio el tiburón no ha tenido la misma suerte que yo, de él sólo utilizarán la aleta, y su cuerpo plateado nunca volverá a surcar los mares. El océano está lleno de fantasmas, fantasmas de tiburones, delfines, ballenas, ... Fantasmas de los que nos habéis arrebatado, ya no quedan bastantes para comerse las medusas, le habéis pedido demasiado al mar. Vuelvo a cruzar el Atlántico, esta vez por la corriente Ecuatorial, y en solo dos meses llego a mi destino, las Islas del Caribe. Abanicos de coral me dan la bienvenida. Campos de coral, bancos con infinidad de peces, rayas tiburones, todos ellos se alojan en este lugar. No vacilaré en darle a un tiburón de tres metros un fuerte mordisco, ahora soy algo más que una simple presa. Si hubiera venido aquí hace unos años no hubiera sobrevivido. Al cumplir veintiún años y llevar en estas islas quince años decidí marcharme del Caribe en primavera. Ha llegado el momento, vuelvo a la corriente del Golfo en la que estuve años atrás. Veo balsas de algas y no puedo evitar recordar por todo lo que he debido pasar hasta este momento. Dejo la corriente y tuerzo al oeste, hacia aguas poco profundas, el camino que tomé años atrás ahora lo tomo de vuelta. Todo está calmado, él aparece, es otra tortuga, sin uno el otro todo sería en vano. Somos los preciados

supervivientes, solo uno de diez mil llegamos tan lejos. Nos acercamos con cuidado el uno al otro y acompañados del suave movimiento del océano empezamos a danzar. Después de haber procreado ya no nos volveremos a ver y ya no compartiremos más nuestras vidas. Ya no sigo una ruta ancestral, ahora sigo la mía propia, ya que estuve aquí hace veinte años y diez mil kilómetros. Por fin llegó a la costa donde nací, pero la tierra es muy diferente a como era la primera vez que estuve aquí. Las barreras construidas contra la subida del mar se me presenta como un laberinto que bloquea mi camino. Antes luchaba para huir de la tierra, ahora estoy luchando por llegar a ella. Sombras gigantes y falsas estrellas me acechan desde la tierra. Cuando me estoy acercando a la playa en la que esperaba poner mis huevos, una pieza de plástico me atrapa, se encaja en mis extremidades y no me deja nadar bien, el pánico se apodera de mí. Después de intentar separar la pieza de plástico de mi fértil cuerpo soy incapaz de subir a la superficie a coger aire y termino muriendo de la peor manera posible, a manos de la contaminación.

Ahora os contaré la vida de Elisabeth. Elisabeth nació en Florida y ahora mismo vive una vida feliz junto a su marido y sus dos hijos. La familia de Elisabeth decidió pasar un día en la playa y al terminar se dieron cuenta de que no tenían donde dejar la basura, entonces Elisabeth decidió dejarla ahí mismo. Más tarde esos mismos desechos plásticos terminaron depositándose en el mar, para tiempo después cobrarse una víctima, una tortuga chelonia que iba a depositar sus huevos en esa misma playa.

Esto es la triste historia de una tortuga en el siglo xxi.